

EL NOMBRE DE PILA O EL ANILLO DE MANDRAGORA

De Enrique Gómez-Correa

Ediciones Libros Pórtico

Zaragoza, España, 1992

A nuevas consideraciones y reflexiones nos obliga este libro de Enrique Gómez-Correa, *El nombre de Pila o El anillo de Mandrágora*, otra de las expresiones líricas del autor que tiene trascendencia para la poesía de nuestro país. Se trata de una poesía que destapa una zona que insiste en desbloquear el núcleo de la materia lírica, un proceso que apunta a ver el ser con la idea de llegar hasta ese hombre que se oculta detrás del sueño, de los tabúes, dentro de una plena y pujante libertad.

Desde ciertos puntos de vista -que no comparto- se considera que el destino de los poetas del surrealismo tiene cierta relación con lo que Stendhal definía como "la feliz minoría". Es posible que haya contribuido a ello el hecho que las obras de algunos de sus "santones", como los definía Guillermo de Torre, publicaban sus obras como "cosas de lujo" para cierto público ávido de novedades, principalmente las de André Breton y Louis Aragón. A que el mismo Breton vendía cuadros de pintores que el medio artístico desconocía enaltecendo sus bondades estéticas y a que Aragón, antes de dar el salto hacia el marxismo, confesaba que el público que seguía las actividades literarias del grupo los miraba como "fieras en una jaula". A esto agreguemos que Breton mantenía entre ellos un despotismo más que ilustrado, castigando a los "herejes" del movimiento con un "aire de inquisidor". Estas y otras actitudes de los surrealistas los hacía aparecer, qué duda cabe, como minorías selectas y hasta sospechosas, como lo creía Claudel.

No obstante este historial anecdótico que pudo colocar en tela de juicio a los surrealistas, no sé si por ello o por oposiciones estéticas que se mantienen hasta hoy, los sitúa en una permanente actualidad que no es ajena al interés masivo, el que no desaparece cuando sus principales poetas abandonan el movimiento. La aceptación de que el surrealismo es la instancia poética que ha producido una enorme influencia dentro del siglo, ya no es aventurada. Por el contrario, parece justificarse, además de la condición de sus poetas, por haber introducido o trazado nuevas avenidas para el tránsito de la materia poética. De Torre así lo estima cuando, después de treinta años de contemplarlo, nos dice que los años del surrealismo son "los más ricos en ímpetu creador, los más colmados de innovaciones estéticas que ha producido nuestro medio siglo".

Muchos de los fenómenos que concurren al desarrollo surrealista no son propiamente literarios, como no lo serán tampoco los del existencialismo de la segunda postguerra. Como dice Guillermo de Torre, desde sus comienzos, desde el *Primer manifiesto* "las características del surrealismo, a las que Breton nunca dejará de ser fiel, esboza el proceso de *la actitud realista*, exalta el poder de la imaginación,

la excelencia de lo maravilloso, la fuerza imantadora de la libertad". En realidad el movimiento, según el mismo autor, "quiere acabar con el reinado de la lógica", desacreditar el racionalismo, y anuncia que la imaginación está quizás a punto de reconquistar sus derechos.

El surrealismo va, así, tras la idea de superar la simple imitación y la aceptada concordancia entre el ser y las cosas, situaciones que quiere violentar a través del comportamiento singular en la imagen y el método de exploración. Esta percepción interior es la que Apollinaire señalaba como la circunstancia para "distinguir al poeta del resto de los hombres". La sumisión a la naturaleza como símbolo del viaje poético queda, pues, en desuso, es echada a un lado por el instrumento surrealista.

Los poemas de *El nombre de Pila o El anillo de Mandrágora* se inundan de esta realidad que los poetas del surrealismo palpan, aun cuando en esta obra el *humor noir* y los síntomas que lo anteceden se observan atenuados, sin las extremas fulguraciones y protestas de sus libros anteriores. De todos modos los religamientos estructurales y existenciales mantienen todo su poder. El lugar del poeta para Enrique Gómez-Correa es hacer frente al mundo ininteligible, al que observa como se mira un abismo, pero que para él entraña un acercamiento mágico que lo incita a ir hacia los enigmas de su origen y a comunicarlo. En esta obra nos dice que son las palabras las que nos determinan las cosas y por ello el nombre del hombre adquiere un halo que viene desde lo oculto: "El nombre se adhiere al ser / Y lo trastorna desde la infancia. / Le da la voz, el ritmo de la sangre, / el grito que extingue la respiración". En otro lugar del poema se ve a sí mismo como otra experiencia llameante: "Me pregunto a veces hasta cuándo seré capaz / De soportar estas torturas del cuerpo y del alma / Más del alma que del cuerpo / Porque el alma se hace visible algunos días / Como ciertos cuerpos celestes".

Este doloroso y verídico tormento que el poeta nos participa que existe en medio de las tinieblas de la existencia del ser, nos dice que el periplo que envuelve la poesía ha de tenerse en cuenta para establecer que el derecho del poeta es ilimitado, colindando con lo que decía Holderlin: "Es derecho de nosotros, los poetas, el estar en pie ante las tormentas". Gómez-Correa habla, pues, a los fundamentos del ser y la naturaleza. Ha descubierto cosas maravillosas que han de ser participadas a los demás porque lo que dice resuelve otro poco más el sentido último de la experiencia humana. Claro o hermético el lírico no rehúye la trascendencia, revela tensiones del ser y no se complica si éstas son medidas o desmedidas puesto que su función no es sopesar las cosas sino desocultarlas.

En buenas cuentas, el poeta es un transmutador, puesto que dentro del desarrollo de la humanidad está para transformar su destino, algo así como la experiencia de la física contemporánea. El poeta considera que su deber es el de profanar el miedo; el paralelismo será inocuo si no va en pro del predominio prodigioso. Esta parece ser una frase de escaso sentido lógico, pero el acto del poeta otorga a ella un juicio de

valor pues para él trasunta, más que un comportamiento, un clima de intuición que, en último término, se refiere a la libertad. En la poesía de Enrique Gómez-Correa, la libertad anima las membranas de su arte como la más preciosa materia prima. Es en ella, en esta umbilicalidad con las manifestaciones antagónicas, en que se engendra la vida del poeta, desde donde se origina su universo y su instrumento metafórico. Aquí encaja la idea de la poesía como el acto de la “divina locura” que veía en ella Platón. Esta, en el fondo, nos traslada a nuestra contemporánea idea de la total libertad, al hombre existencial de Sartre, al hombre rebelde de Camus, a la metafísica de la existencia de Heidegger, la cual encierra el don poético, el lirismo en general. Este surrealismo de Gómez-Correa, como todo el desarrollo histórico del movimiento, transporta el sentido de rebeldía que es la forma más intransigente de la libertad.

Los textos de *El nombre de Pila o El anillo de Mandrágora* crecen entre esta respiración lírica, cercan sus aleaciones y fulguraciones con la esencia más íntima; la misma que antes le había hecho decir: “Se requiere un alma demasiado generosa / Para entregarse en pleno amor”. En ésta, su última obra, el poeta sigue fiel a la soga lírica que lo ató desde su primer libro. Tal vez sea éste uno de sus mayores logros.

Los signos del amor salen de cada pliegue de su verso, como éstos del Canto XLIII: “En el Zodíaco por nacimiento soy león / Por eso siempre he amado las selvas, las ciudades y las mujeres / Designio imposible de apartar / Y además signo de un gran amor.”

El nombre de Pila o El anillo de Mandrágora será otro libro de Gómez-Correa que pasa a robustecer la poesía chilena desde un campo desde donde sopla un aire onírico de extrema sensibilidad.

ANTONIO CAMPAÑA